

ción que cierta prensa pretende convertir en programa. Con la ventaja de excluir lo que esa prensa tiene de antipático, y, a veces, de abyecto: la vulgaridad insidiosa del gacetillero. Porque donde comienza el campo de las ideas, termina la función roedora del gacetillero. Y al referirnos a éste pensamos en el petulante periodista anónimo, que so pretexto de dar información, manosea todos los asuntos, los más graves, los más delicados. Lo que realmente sabe hacer, es ocultarse tras las opiniones recogidas en los corrillos callejeros, para hacer a su gusto la mueca del comentario audaz en que secreta sus rencorillos... Y gacetilla viene a ser bajo su pluma, lo mismo la crónica y el reportaje que el sedicente editorial. La excusa de ellos es que la prensa moderna es alada, voluble, ligera; que conduce al lector como a flor de suceso, etc., etc. También lo cree así Ramiro de Maeztu, pero entre él y el gacetillero hay una diferencia insondable, la misma que hay entre lo que es alado y voluble por obra de gracia y de espíritu fino, y lo que es ligero por superficial y vacío. De modo que en boca de gacetilleros la excusa no pasa de ser pretexto para practicar cómodamente el dogma de la vaciedad. Sin contar con que es productivo convertir el periódico en mosaico de murmuraciones y recopilación de interesados lugares comunes.

EL PASAJERO

San José, febrero de 1925.

Cipriano Castro

EL General Cipriano Castro, que nació en Capacho, Táchira, el 16 de agosto de 1853, muere a los 71 años. Vivió muchos años en Colombia y fué guerrillero conservador el 76, y estuvo al lado de los liberales en 1895. Fué constante adversario del régimen de Guzmán Blanco, y concluído éste, logró adquirir prestigio en su patria y llegar hasta Presidente del Estado del Táchira.

Pero hasta principios de 1899 no había pasado de ser figura muy secundaria. En mayo de ese año, con un golpe de audacia y de fortuna verdaderamente asombroso, se hizo dueño del país; invadió a Venezuela por la frontera del Táchira, con menos de 100 hombres y en pocas semanas derribó al Gobierno del Dr. Ignacio Andrade, a quien sucedió en el mando. El punto culminante de esa campaña fué la batalla de Tucuyito, que según parece, fué más que batalla, gran operación mercantil, o si se quiere, diplomática, en que los Generales Castro y Gómez adquirieron el ejército que se les enfrentaba y con él aseguraron su victoria total. Pocos meses después, una Asamblea Constituyente legalizó los hechos cumplidos y eligió Presidente al General Castro y Vicepresidente al General Juan Vicente Gómez.

Fuó Castro amo absoluto de Venezuela nueve años. A fines de 1908 grave dolencia lo obligó a partir para Alemania, en busca de alivio para sus males, y el Vicepresidente Gómez lo suplantó, y en el golpe de Estado del 17 de diciembre de 1908, desconoció sus poderes y comenzó el régimen que aún subsiste.

Castro fué un tirano tropical, cruel y licencioso, cuyo gobierno es una página negra de la historia de

América: la página del caudillaje perseguidor y codicioso. En ella brilla, sin embargo, un hecho noble y grande: la valerosa resistencia a las potencias europeas en 1902, que quisieron obtener a cañonazos el pago de unas deudas. El General Castro se irguió admirablemente ante aquel atropello y supo encarnar entonces el orgullo patrio y la altiva resolución de defender la independencia nacional contra todo y contra todos.

Pero ese heroico rasgo no alcanzará a salvar su nombre de la reprobación de la Historia, y ya un escritor genial, *Pío Gil*, grabó en *El Cabito*, libro amargo y terrible, en que hierven la indignación y la cólera, los rasgos característicos de ese militar afortunado, a quien la adulación sin medida comparó locamente con los más grandes hombres de aquella nación heroica, en donde se mecieron las cunas de los grandes libertadores.

Castro inició en Venezuela el imperio de los Andinos, de los hijos del Táchira, que, con él primero, y hace quince años con el Gral. Gómez, ejercen en la nación vecina una hegemonía sin límites. Un cuarto de siglo hace ya que dura ese dominio de los dos hombres que en mayo de 1899 cruzaron casi solos la frontera y que desde entonces han ejercido en su patria la totalidad del poder, con los mismos sistemas y la misma absoluta supresión de las verdaderas instituciones republicanas, con la misma represión implacable de toda protesta y de todo desacuerdo con cuanto el jefe dispone. Castro fué sin duda más brillante, más inteligente, más cultivado que Gómez, pero éste es más sagaz y firme que aquél, y personalmente, se ha mantenido lejos de la vida borrasca y llena de escándalos que dió tan triste fama al nombre de Castro.

El famoso dictador vivió sus últimos quince años proscrito, errante de un lugar a otro de Centro América, cada día más olvidado. Los mismos que lo habían endiosado hasta compararlo con Bolívar, lo vilipendiaban al verlo traicionado y caído. Varias veces se le dió por muerto y la noticia sólo indiferencia causaba. Ahora, ella ha sido confirmada, y puede asegurarse que muchos, al saberla, exclamarán: «¿Vivía todavía el General Castro?» Y de él quedarán un bello rasgo patriótico, un ejemplo de audacia y de fortuna realmente extraordinaria y un recuerdo sombrío de tirano tropical, de esos que han sido en América los peores enemigos de la libertad y de la civilización.

(El Tiempo, Bogotá)

¿Desea Ud. hacerse un vestido elegante
y económico para la Semana Santa?

Pase a la Sastrería LA COLOMBIANA
escoja su corte y saldrá Ud. satisfecho
de su compra.

Cuento además con operarios competentes en el ramo.

FRANCISCO GÓMEZ Z.

Calle del Tranvía. — Frente a la tienda Kepfer.

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbese! Las cuatro entregas mensuales: ₡ 2.00.